

Maestras de armas tomar

Teachers to be reckoned with

Angélica Noemí Juárez Pérez

RESUMEN

Como maestras, el quehacer docente adquiere otro significado, uno más allá de las aulas y los procesos de enseñanza-aprendizaje. Como guerrilleras, tomar las armas no es solo enfrentarse al Estado, sino a estructuras sociales y culturales coercitivas particulares. Así, maestra y guerrillera no son dos momentos de la vida, sino dos dimensiones que se conjugan en los relatos de dos profesoras entrevistadas: Alma Gómez Caballero y Herminia Gómez Carrasco. El propósito de este texto es comprender las circunstancias, voluntades y decisiones de jóvenes normalistas que participaron en el Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR) en la década de los setenta en México. Para hacerlo, se dará prioridad a su formación y práctica docente, como un proceso paralelo al desarrollo de su militancia; además se recuperan también las creencias, valores, prejuicios y posturas políticas que permearon en su identidad como maestras y guerrilleras. Las profesoras entrevistadas egresaron de la Escuela Normal Rural “Ricardo Flores Magón”, Saucillo, Chihuahua y de la extinta Escuela Normal Particular “Ignacio Manuel Altamirano”, Ciudad de México. Para reconocer sus experiencias se realizaron entrevistas a profundidad con la metodología de los relatos de vida, dando prioridad a sus experiencias de formación y práctica docente que configuraron sus “ser maestras”.

Palabras clave: Educación normalista, educación socialista, formación de profesores, trayectoria profesional.

ABSTRACT

As teachers, teaching takes on another meaning, one that goes beyond the classroom and the teaching-learning process. As *guerrillas* (female guerrilla fighters), to take up arms is not only to confront the State, but also particular coercive social and cultural structures. Thus, teacher and guerrilla are not two moments in life, but two dimensions that come together in the accounts of two teachers interviewed: Alma Gómez Caballero and Herminia Gómez Carrasco. The purpose of this text is to understand the circumstances, wills and decisions of young normalists who participated in the Revolutionary Action Movement (Movimiento de Acción Revolucionaria, MAR) in the 1970s in Mexico. To do so, priority will be given to their training and teaching practice, as a parallel process to the development of their militancy; in addition, we also recover the beliefs, values, prejudices and political stances that permeated their identity as teachers and guerrillas. The teachers interviewed graduated from the Escuela Normal Rural “Ricardo Flores Magón”, Saucillo, Chihuahua, and from the former Escuela Normal Particular “Ignacio Manuel Altamirano”, Mexico City. In order to recognize their experiences, in-depth interviews were conducted with the methodology of life stories, giving priority to their experiences of training and teaching practice that shaped their “being teachers”.

Keywords: Normal school education, socialist education, teacher training, career path.

Angélica Noemí Juárez Pérez. Subsecretaría de Educación Básica, Ciudad de México. Es Doctora en Educación y Diversidad y Maestra en Desarrollo Educativo por la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Ajusco. Profesora de Historia por la Escuela Normal Superior de México. Este texto forma parte de la tesis doctoral “Ser mujer, maestra y guerrillera en la década de los setenta en México”. Correo electrónico: noemi.juarez@nube.sep.gob.mx. ID: <https://orcid.org/0000-0002-3775-4776>.

Introducción

Este texto tiene como propósito comprender la participación de dos profesoras normalistas en el Movimiento de Acción Revolucionaria –MAR– en la década de los setenta del siglo xx en México. Priorizo su formación y práctica docente, antes que su militancia política y su encarcelamiento, debido a que ambos aspectos configuraron sus prácticas y orientaron sus acciones antes y después de su participación en el MAR. Los relatos de vida, como dispositivo metodológico, los realicé a partir de entrevistas a profundidad. Las entrevistas tuvieron lugar en Chihuahua, Chihuahua, en el año 2022. Las protagonistas son Alma Gómez Caballero y Herminia Gómez Carrasco. Las preguntas orientadoras que retomo para este texto son: ¿Por qué tomaron la decisión de ser maestras? ¿Qué condiciones sociales, familiares y educativas influyeron para elegir esta profesión? ¿Cuáles discursos del “deber ser docente” de la primera mitad del siglo xx internalizaron? ¿Cómo se dio el tránsito entre el espacio escolar y la militancia armada?

Antes de 1968

La aparición de las organizaciones político-armadas fue precedida por diversos movimientos sociales: campesinos, gremiales, sindicales y estudiantiles, todos violentamente reprimidos por el Estado. El México donde a las maestras les tocó crecer se caracterizó por la ruptura del pacto social: las promesas de la Revolución se diluyeron ante la continuidad de la desigualdad social, el control y el autoritarismo estatal, la falta de oportunidades de movilidad social, el abandono del campo y la nula democratización de espacios educativos, laborales o sindicales. Estas circunstancias impactaron de manera general en una generación de jóvenes que quisieron romper con las prácticas que los mantenían inmóviles.

Antes de la represión estudiantil de 1968, es relevante mencionar que, en 1967, las y los normalistas se solidarizaron con los estudiantes michoacanos reprimidos por el ejército y llevaron a cabo una importante movilización: la “Marcha por la Ruta de la Libertad”, que fue organizada por la Central Nacional de Estudiantes Democráticos –CNED–. La marcha convocó a estudiantes de diversas instituciones del país, pero las y los normalistas rurales fueron la mayoría. Una de las maestras entrevistadas narra:

En esos años se formó la Confederación Nacional de Estudiantes Democráticos, impulsado por gente sobre todo de la Juventud Comunista, estábamos todas las Normales rurales [...] Hicimos la “Marcha por la Ruta de la Libertad”, había presos políticos en Morelia e íbamos a marchar desde Dolores, donde dio el grito Miguel Hidalgo, hasta Morelia; íbamos a pie, y hubo una campaña terrible en contra de la marcha [...] Pero para mala suerte del gobierno funcionó al revés, porque pasábamos por los pueblos y la gente muy humilde en la carretera nos llevaban leche, nos llevaban agua, tortillas, e

iban con nosotros; o sea, lejos de que hubiera una actitud de rechazo de la población hacia nosotros, se volcaron en apoyo [...] Salamanca me parece [que] era el último pueblo [...] más adelante nos rodearon los soldados y nos dijeron “hasta aquí llegaron” [...] entonces decidimos, efectivamente, terminar con la marcha, pero venirnos todos a nuestros estados a hacer movilizaciones [...] nos echaron en los camiones y tenían órdenes de a los de Chihuahua llevarnos a Tamaulipas, a los de Puebla llevarlos a Nuevo León [...] pero convencimos a los choferes de que nos bajarán en Aguascalientes, ahí había una Normal rural, de Cañada Honda, y de San Marcos, Zacatecas [A. Gómez, comunicación personal, 2 de mayo, 2022].

La solidaridad e intensa actividad de los estudiantes normalistas en los movimientos estudiantiles de 1968 y 1971, y los protagonizados por demandas propias, fueron contestados de inmediato por el Estado al aplicárseles la Reforma a la Educación Rural de 1969. De las 29 escuelas Normales rurales que existían para ese momento, doce fueron convertidas en escuelas Secundarias Técnicas Agropecuarias, quince continuaron como Normales Rurales, la Normal Rural de Perote, Veracruz, cerró, y la de Roque, Guanajuato, permaneció como una Escuela de Capacitación para el Trabajo Agropecuario (García, 2019, p. 17).

Además, la reforma implicó la separación del ciclo secundario del de profesional y el incremento de un año al ciclo profesional, que pasó de tres a cuatro años. Como asegura García (2019), la reforma de 1969 fue una coyuntura en la historia de las escuelas Normales rurales y un parteaguas en la participación política de cientos de sus estudiantes: “Muchos fueron expulsados por la resistencia que se organizó en contra de la reforma y las medidas disciplinarias consiguientes; otros más abandonaron sus estudios para dedicarse a las organizaciones políticas” (p. 17). Retomo una aseveración García (2019): “Los historiadores del pasado reciente en México no hemos tomado en cuenta en serio [...] el impacto que la reforma de 1969 tuvo sobre los movimientos estudiantiles y armados de México durante los años setenta” (p. 17). Pero antes de continuar con la inmersión a movimientos armados, ¿cómo se dio su ingreso a la escuela Normal y la politización?

Formación normalista en la mitad del siglo xx

Cuando Alma y Herminia Gómez se formaron en la Escuela Normal Rural “Ricardo Flores Magón”, Saucillo, Chihuahua, el maestro como líder social seguía permeando. Ambas hacen referencia a la educación socialista de Lázaro Cárdenas:

La mayoría de maestros de la Normal, entre ellos mi mamá y mi papá, habían sido formados en épocas de Lázaro Cárdenas cuando la educación socialista, entonces tenían ideas muy de izquierda, muy liberales [...] algunos maestros directamente no andaban en las invasiones como andaba mi papá que cada lunes y martes lo metían a la cárcel, pero simpatizaban y apoyaban [A. Gómez, comunicación personal, 2 de mayo, 2022].

Mi mamá y mi papá se formaron en la escuela socialista, donde las mujeres podíamos estudiar lo que quisiéramos [...] fue una familia distinta para aquella época [...] Mi formación, la vida en mi familia fue muy liberal, muy abierta, tanto los hombres como las mujeres tuvimos oportunidades, nunca fue el matrimonio el objetivo de la vida, siempre era mejor ser inteligente que bonita, ir la escuela que otra cosa [H. Gómez, comunicación personal, 4 de mayo, 2022].

Ante la pregunta sobre por qué ingresaron a la Normal, la profesora Alma retoma la historia de sus padres:

Mi papá es de Saucillo, donde está la Norma Rural; mi mamá nació en Los Ángeles [EUA], pero vivía acá en Chihuahua [...] los dos estudiaron en la Normal del Estado, aquí en Chihuahua, ahí se conocieron [y se casaron]. Mi papá quería ser doctor [...] primero trabajó en la Normal de San Marcos, Zacatecas, y después se fue a la Ciudad de México a estudiar medicina porque aquí no existía la Facultad de medicina [...] Cuando mi papá terminó de estudiar medicina se vino a hacer su servicio social a Ricardo Flores Magón [municipio] y al rato ya era maestro también de la Normal. Entonces, en el año de 1962 la Normal se cambia a Saucillo [...] Bueno, mi papá y mi mamá, maestros; mi abuela Juanita, maestra también, y otras tías también maestras. A mí nadie me preguntó “¿qué quieres estudiar?”, y si me preguntaron pues yo creo que fue lo que les dije [A. Gómez, comunicación personal, 2 de mayo, 2022].

El ingreso de la maestra Herminia también se dio por influencia familiar:

Yo creo que yo soy maestra porque nací en una familia de maestros: mi papá era maestro, egresado de Salaices, Chihuahua, de una Normal Rural; y porque en ese tiempo era difícil acceder a otros niveles educativos, y en la Normal de Saucillo, donde yo estudié la parte inicial de mi carrera, se hacía un examen, pero dentro de los requisitos que tenía uno que cumplir era ser hija de campesino o de maestro. No cualquier persona podía ir ahí a ese lugar [H. Gómez, comunicación personal, 4 de mayo, 2022].

Sobre sus experiencias en la Normal, la profesora Alma recuerda:

Llegábamos ahí a los doce, trece años a hacernos cargo de nuestras vidas, [...] a administrar el poco dinero que llegaba de nuestras casas, y a hacerse responsable realmente a una edad muy corta [...] yo tengo muy buenos recuerdos por todos lados; por un lado, los maestros habían sido compañeros de mi papá y mi mamá en la Normal del Estado, y eran mis maestros. Cuando mi padre muere, de alguna manera ellos eran alguien muy cercanos, y luego por otro lado, teníamos una vida muy espartana, nos levantábamos a las cinco y media de la mañana, teníamos dos clases antes del desayuno y luego cuatro entre desayuno y comida, y luego otras dos o tres en la tarde y una hora de estudio o de tarea y a dormir a las nueve y media. Era de todos los días, invierno o verano, como fuera a clases en la madrugada prácticamente, oscuras en invierno [A. Gómez, comunicación personal, 2 de mayo, 2022].

Es relevante destacar las edades, eran unas niñas cuando ingresaban a la Normal. Sus referencias van de los 11 a los 13 años. Sus participaciones en las invasiones de tierra, descritas más adelante, marchas, mítines y la radicalidad las formaron cuando aún no rebasaban la mayoría de edad.

Por otra parte, el internado, como organización núcleo de las escuelas Normales rurales, fue un espacio de tradición comunitaria que mantenía redes de solidaridad, se tejían relaciones entre las estudiantes. Principalmente, compartían un mismo origen de clase –en buena medida impuesto por los requisitos de ingreso–. Como afirma García (2015), guardaban en su bagaje político un conjunto de estrategias de acciones colectivas heredado de sus familias o paisanos relacionado con las luchas agrarias.

Sobre las motivaciones de involucramiento de estas maestras en movimientos políticos armados, recupero dos posiciones que plantea Castorena (2019, p. 24) que contribuyen a explicar las formas de participación de las mujeres. En un primer momento estuvieron aquellas que participaron en las causas sociales y/o políticas de su contexto antes de involucrarse en algún grupo armado y quienes se vieron inmersas directamente en la acción armada.

Entre las entrevistadas, encontramos ambos momentos. Alma y Herminia habían estado construyendo una lucha estudiantil y social antes de su radicalidad, es decir, su politización fue un trayecto desde sus participaciones en comités de toma de decisiones en la Normal rural donde estudiaban. Alma era secretaria general de la Sociedad de Alumnas y la representante de su escuela ante la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México –FECSM–.

La Sociedad de Alumnas se involucraba en todas las acciones de las organizaciones campesinas, fueron años de mucha lucha acá en Chihuahua de grupos solicitantes de tierras fundamentalmente. Participábamos [...] en invasiones de tierras, marchas, protestas aquí en el Palacio de Gobierno [...] los estudiantes de la Normal del Estado, de la Universidad, por becas, casas de asistencia, luego los maestros estatales por servicio médico, porque no tenían seguridad social. Eran movimientos muy, muy, muy grandes, pero ya algunos de los dirigentes de este movimiento [eran] detenidos constantemente, reprimidos [y tomaron] la decisión de la vía armada, entre ellos mi padre [A. Gómez, comunicación personal, 2 de mayo, 2022].

Herminia, por su parte, era la presidenta de Club de Orientación Política e Ideológica –COPI–.

Ese organismo era para hacer pláticas, les enseñábamos a las compañeras los estatutos de la escuela, participábamos en todas las luchas que había, le dábamos fundamento [...] por ejemplo, fuimos a apoyar a unos empresarios de triplay de Parral que hicieron una marcha, de Parral a Chihuahua y nosotros los acompañamos, pero avisábamos a las compañeras por qué íbamos, por qué nos necesitaban los obreros, porque les hacía falta más salario. Todo eso el COPI, vamos a decir, lo sustentaba, lo explicaba, lo defendía, y

las compañeras participaban con nosotros, porque ya para esas alturas éramos trescientas alumnas [H. Gómez, comunicación personal, 4 de mayo, 2022].

Esas vivencias fueron conformando un cuerpo de experiencias que nutrieron las ganas de participar de estas estudiantes normalistas en diferentes luchas sociales, desde la solidaridad con movimientos estudiantiles reprimidos en otros estados hasta la empatía con obreros explotados y las demandas de tierra por parte de los campesinos. No obstante, aún no se hablaba de una revolución armada, su participación se agrupaba en manifestaciones pacíficas: mítines, marchas, organización con las comunidades.

La radicalización: maestras de armas tomar

¿Cómo fue tomar la decisión de unirse a la militancia armada? En el caso de la profesora Alma, estaba en un ambiente familiar con trascendencia histórica en los movimientos sociales; su padre había muerto en el primer intento de tomar un cuartel, no obstante, su radicalización no se dio por esas circunstancias, hubo un momento de decisión individual: el del 2 de octubre.

Viene el 2 de octubre [de 1968] cuando estábamos haciendo uso de nuestras garantías constitucionales de organización, manifestación, libertad [...] ¡andábamos haciendo uso de nuestras garantías, y nos asesinaron! Entonces dijimos: “Les vamos a contestar de la misma manera”. Como que después del 2 de octubre en muchos estados del país se hacen los núcleos [...] Después del 2 de octubre se formaron muchos grupos guerrilleros en las universidades [...] dijimos “pues nosotros andamos legales haciendo uso de nuestros derechos”, no sabíamos que eran derechos humanos, pero eran garantías individuales, así nos lo enseñaron, y nos respondieron con el asesinato y la represión, “entonces con lo mismo les vamos a contestar”, como que fue algo que mucha gente decidimos [...] Y entonces ya, nos sumamos muchos a la clandestinidad, y dos años después me detuvieron [A. Gómez, comunicación personal, 2 de mayo, 2022].

Herminia Gómez también narra la decisión de incorporarse a la lucha armada ligada al 2 de octubre:

Yo no terminé en [la Normal de] Saucillo, porque en el 68 que fue la masacre de Tlatelolco, participábamos, nos llegaba información, nosotras íbamos un grupito de alumnas que ocupábamos puestos de dirección en la Sociedad de Alumnas, íbamos a México a eventos de la Federación; eso desde años anteriores, desde el 67 por ejemplo. Y ya en tercero de Normal, cuando se cumplió un año de la masacre de Tlatelolco, nosotras hicimos un minuto de silencio, nosotras, digo la Sociedad de Alumnas, todas, y luego nos expulsaron. Nos expulsaron a casi todas las que ocupábamos un puesto de dirección en la Sociedad de Alumnas; expulsaron al Comité Ejecutivo, expulsaron a las del Comité de Huelga, y expulsaron a las del COPI [...] Ya en ese tiempo, en tercero de Normal, yo era la presidenta del COPI y pues claro que me expulsaron, sin derecho a regresar.

Para esas fechas yo ya había hecho un trato con una organización armada, que era principalmente los que nos conectamos; fuimos maestros, alumnos de Normales rurales. Ya se habían ido a Corea, yo no iba a ir porque estaba en el último año de la Normal, pero como me expulsan, yo rápido: “Ya estoy afuera, llévenme a Corea”, y en enero de 1970 me fui a Corea. Fui a Corea, ahí recibimos instrucción militar primero, y luego también mucha teoría marxista-leninista, mucha teoría, por ejemplo, de los países que estaban en lucha que sí eran marxistas-leninistas, pero no tenían completo el esquema del socialismo [H. Gómez, comunicación personal, 4 de mayo, 2022].

Las dos maestras –después de un periodo de actividades que no serán detalladas en este trabajo, ni sus procesos de captura y detención–, Alma y Herminia fueron encerradas en la Ciudad de México, lejos de todas sus redes de apoyo, durante 3 años y 4 meses, respectivamente. ¿Cómo fue para ellas retornar a la docencia?

Después de la militancia

Después de su liberación Herminia concluyó sus estudios en 1977 y comenzó a trabajar un año después. Para esto, retornó a Chihuahua y se asentó en el municipio Felipe Ángeles; “es un pueblo campesino [...] todos sembraban algodón, camote, papa, todo eso, y los niños, pues eran niños de origen campesino, la mayoría de escasos recursos, no tenían solvencia económica” (H. Gómez, comunicación personal, 4 de mayo de 2022). Cuando hace referencia a sus años como docente frente a grupo resalta el valor de trabajar en equipo, con las comunidades, y recupera nuevamente su tradición familiar magisterial como eje central de su relato:

Para mí que venía de una Normal rural y de una familia solidaria, organizada, trabajadora, en sociedad, pues; mi papá era maestro, era líder campesino, y él hacía reuniones en la escuela donde nosotros vivíamos, él era el director y tenía una casa y ahí se hacían las reuniones campesinas, había un trabajo social, un trabajo de lucha, un trabajo en la búsqueda de tierras y todo eso, era un trabajo muy fuerte de mi papá [H. Gómez, comunicación personal, 4 de mayo, 2022].

El retorno a la docencia de la maestra Alma Gómez estuvo vinculado a otro movimiento popular: las colonias de invasión. Su relato ejemplifica la necesidad de comprender la complejidad del *ser* y *quehacer* docente. Comprender, por ejemplo, sus condiciones laborales y los rasgos que los caracterizan como grupo.

Reingresé al servicio en la ciudad de Chihuahua en la escuela primaria “Doctor Salvador Allende” de la colonia Francisco Villa, en esos años a la vanguardia nacional en la lucha por la vivienda urbana a través de invasiones a terrenos [...] En 1980 invadimos y organizamos la colonia “Diego Lucero”, y adscrita todavía a la otra escuela fundé en ese año la Escuela Primaria “Ignacio Rodríguez Terrazas” [Gómez, 1997, p. 2].

Del fragmento anterior quiero recuperar dos aspectos. Primero, las colonias de invasión, esta práctica que quedó fuera de las narraciones de las profesoras cuando refirieron sobre su estancia y formación en la Escuela Normal Rural “Ricardo Flores Magón”, Saucillo, Chihuahua. Como recordará el lector, las decisiones de las dos normalistas rurales para radicalizarse, según sus relatos, fueron la coyuntura, y cómo trastocó en ellas, el movimiento estudiantil de 1968 en la Ciudad de México. El peso para ellas (en su memoria) está en ese acontecimiento. No obstante, es importante visibilizar que estas profesoras ya estaban movilizándolo y revolucionando los poblados donde tenían incidencia como estudiantes y ya enfrentaban las consecuencias: cercos por parte del ejército, detención y cárcel por parte de las autoridades estatales.

La apropiación de terrenos en Chihuahua tiene antecedentes desde los años cincuenta hasta finales de los setenta del siglo xx con la invasión de tierras por parte de movimientos y organizaciones campesinas disidentes o no disidentes. La profesora Alma en la narración sobre su retorno y ejercicio docente posterior a la militancia en una organización político-armada, recuerda principalmente su participación en las invasiones de terrenos, desde la organización, gestión y, en ellas, su práctica educativa:

Éramos los malos de la película, los invasores; entonces la gente que iba de buena gana era porque de alguna manera simpatizaba [...] Con jóvenes de la colonia empezábamos a trabajar, hacían salones de cartón y ahí empezábamos a trabajar con los niños, y luego hacíamos muchas cosas, primero para que mandaran maestros, y segundo para que enviaran recursos para construir la escuela. Hacíamos manifestaciones, mítines, nos veníamos con los niños a dar clases a la plaza para que les diera vergüenza, y luego empezaban a mandar maestros; yo trabajaba en la “Salvador Allende” y era directora allá; luego mandaron maestros durante una temporada y se empezó a construir la escuela [A. Gómez, comunicación personal 2 de mayo, 2022].

La escuela –junto con otras nueve– se reconoció en 1982, después de tomas de oficinas, manifestaciones, instalación de las escuelas en las plazas públicas y entrevistas con funcionarios federales. Como parte de los acuerdos los maestros voluntarios, para entonces ya con estudios en el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, tuvieron sus plazas, se envió el personal necesario y nosotros cedimos las direcciones a los enviados del SNTE [Gómez, 1997, p. 2].

De acuerdo con Padilla (2023, p. 269), las y los normalistas “ocupaban una posición intermedia entre las familias campesinas de las cuales provenían y los profesionales socialmente conscientes en que se habrían de convertir [...] se valieron de nociones de la traducción de resistencia agraria para desarrollar un repertorio de lucha”. Y es que es central para la narración de la profesora Alma que ahora la lucha estaba por el derecho a la vivienda y con ello el de la educación, al garantizar el establecimiento de escuelas accesibles a la población que habitaba en las periferias de la capital chihuahuense.

No obstante, lo anterior no era una novedad, es decir, era una práctica que realizaban desde su formación en la Normal. Tenían experiencias ya en la invasión de tierras para campesinos y la formación de escuelas en esos espacios. Padilla (2023) compiló algunos testimonios, entre ellos el de Herminia Gómez, una de las protagonistas de este trabajo:

Fuimos gente de Saucillo, alumnos de Salaices y de Aguilera [estas últimas Normales Rurales para varones] y allí todo el mundo solidarizado con el campesino. Y se hacían actividades propias como si ya la tierra fuera de ellos, se empezaba a cultivar y a iniciar un reparto. Pero lo que hicimos en esa invasión fue hacer una escolita [...] No me acuerdo cuánto duré yo allí, pero me tocó estar hasta el final que era en el mes de mayo y un buen día amanecimos cercados por el ejército [Gómez, en Padilla, 2023, p. 287].

Reflexiones de cierre

De las narraciones de las profesoras se puede interpretar cómo les otorgan sentido a las muestras de solidaridad que, desde su identidad como normalistas o profesoras, pusieron en marcha con las y los otros. En su etapa como normalistas podemos suponer que las estudiantes pensaban en términos de sus futuros papeles como maestras este tipo de acciones. También desde esos momentos fueron acumulando dosis de represión aunadas a la experiencia de la lucha, lo que años después las convertiría en docentes activistas experimentadas. Para las estudiantes normalistas, luego profesoras y directoras, esas experiencias las politizaron y fortalecieron.

Esas vivencias fueron conformando un cuerpo de experiencias que nutrieron las ganas de participar de estas estudiantes normalistas en diferentes luchas sociales, desde la solidaridad con movimientos estudiantiles reprimidos en otros estados hasta la empatía con obreros explotados y las demandas de tierra por parte de los campesinos.

Las experiencias docentes que rememoran las profesoras están ligadas a su agencia en los centros escolares donde laboraron y su comunidad. Significaron acontecimientos como la organización y fundación de escuelas; gestiones de alimentación y salubridad con la comunidad; la constitución y ejercicio de Consejos Técnicos, donde presentaron y resolvieron las problemáticas de sus escuelas con el involucramiento de la comunidad, pero, principalmente, se enfocaron en generar condiciones dignas (materiales y solidarias) para las y los niños. Los recuerdos sobre sus experiencias docentes las vinculan más a lo comunidad porque eso significó para ellas el “ser docente”, las relaciones con las y los alumnos y la comunidad. El cuerpo de experiencias desde que fueron estudiantes normalistas, profesoras, hasta los puestos de toma de decisión, su desempeño profesional estuvo marcado por su posición política y la experimentación de los movimientos campesinos, estudiantiles, populares y luchas sindicales. Por ello el énfasis de su profesión lo colocaron en aquello que denominaban “obra social”, y no en los problemas pedagógicos que enfrentaron en términos de enseñanza-aprendizaje.

Referencias

- Castorena, N. (2019). *Estaban ahí. Las mujeres en los grupos armados de Chihuahua (1965-1972)*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- García, A. (2015). *La revolución que llegaría. Experiencias de solidaridad y redes de maestros y normalistas en el movimiento campesino y la guerrilla moderna en Chihuahua, 1960-1968*. Colectivo Memorias Subalternas.
- García, A. (2019). Introducción. En C. Villanueva y A. García (2019), *Memorias inquietas. De estudiantes rurales a guerrilleros*. Colectivo Memorias Subalternas.
- Gómez, A. (1997). Una experiencia colectiva [Apéndice]. En *Proyectos colectivos escolares: una propuesta para gestión escolar* [Tesis de grado]. Universidad Pedagógica Nacional.
- Padilla, T. (2023). Un foco de agitación latente de lucha. Los normalistas rurales y la lucha agraria en Chihuahua durante la década de 1960. En M. Hallier y O. Sergio (coords.), *Centenario de las Normales Rurales. Procesos, miradas y latitudes (1922-2022)*. Ediciones Normalismo Extraordinario.

Cómo citar este artículo:

Juárez Pérez, A. N. (2025). Maestras de armas tomar. *Anuario Mexicano de Historia de la Educación*, 4(2), 261-270. <https://doi.org/10.29351/amhe.v4i2.686>



Todos los contenidos de *Anuario Mexicano de Historia de la Educación* se publican bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento No-Comercial 4.0 Internacional, y pueden ser usados gratuitamente para fines no comerciales, dando los créditos a los autores y a la revista, como lo establece la licencia.